

CAPÍTULO I

Superfluidad, indignidad y deshumanización en Hannah Arendt: de las prácticas totalitarias al reconocimiento de la pluralidad

El sentido común entrenado en el pensamiento utilitario carece de defensas contra este supersentido ideológico, puesto que los regímenes totalitarios establecen un mundo que funciona carente de sentido. El desprecio ideológico por los hechos todavía contenía la orgullosa presunción del dominio humano sobre el mundo; después de todo, es este desprecio por la realidad el que hace posible cambiar el mundo

Arendt (1998, p. 367).

El gestar otras maneras de visibilizar el encuentro con otros, abre paso a la promesa, en tanto, el discurso de libertad instala formas de expresión en las que se reinventan otras maneras de nacer

Obando (2018, p. 163).

1.1 Totalitarismo y campos de concentración y de exterminio: prácticas de dominación y eliminación de la humanidad

El resultado es que se ha establecido un lugar donde los hombres pueden ser torturados y asesinados y, sin embargo, ni los atormentadores ni los atormentados y, menos aún, los que se hallan

fuera pueden ser conscientes de lo que está sucediendo es algo más que un cruel juego o un sueño absurdo

Arendt (1998, p. 357).

La muerte física y la muerte política en los asuntos humanos llegaron a concluir la historia de cada individuo, grupo étnico o ideologías que los totalitarismos tenían como enemigos y opositores a sus objetivos gubernamentales

Betancur (2015, p. 56).

El totalitarismo constituye un fenómeno político que se sirve de los movimientos totalitarios. Con estos se introduce la violencia y el terror como estrategias para la dominación de los hombres, siendo la sumisión parte constituyente de los propósitos para acceder y mantener el poder y el control sobre amplias poblaciones. Estos hechos se convierten así en los soportes de la ideología de los movimientos totalitarios:

Para establecer un régimen totalitario, el terror tiene que ser presentado como un instrumento de realización de una ideología específica, y esta ideología debe haberse ganado la adhesión de muchos, de una mayoría, incluso antes de que el terror pueda ser estabilizado (Arendt, 1998, p. 31).

A su vez, los regímenes totalitarios institucionalizan el poder como dominación (en Arendt, el poder, a diferencia de la tradición moderna que lo entiende como el control sobre los gobernados, alude a la capacidad de coligarse) en los campos de concentración y de exterminio, logrando instalar una violencia y un terror capaces de agredir la dignidad humana (el hombre como fin y nunca como medio). En palabras de Dana Villa, "What totalitarianism assumes is the possibility of dominating human beings entirely 'total domination', so that they can no longer resist or interfere with the law of movement" (1999, p. 17). Los campos de concentración para Arendt son espacios donde se anula la existencia del ser humano y la justicia a la cual todos tienen derecho.

En este sentido, los campos de concentración, en el origen y el desarrollo del totalitarismo, tienen finalidades propias de los intereses del movimiento en torno al control y la dominación. De este modo, los mismos se diferencian según la condición de los enemigos: i) campos de concentración donde detenían a los rehenes políticos, prisioneros sin delito, los opositores al régimen; ii) campos de concentración donde se retenía a individuos en condiciones de enfermedad, de discapacidad física; iii) campos de concentración que compendaban a homosexuales, delincuentes y hombres de diferente religión, entre otros. Asimismo, los campos de concentración sirvieron como escenario para la explotación del hombre mediante el trabajo forzado, aprovechando el capital humano para el desarrollo de proyectos que beneficiaba al movimiento totalitarista (construcciones de ferrocarriles y carreteras, incluyendo los campos de la muerte, depósitos de armas, elaboración de productos para las fábricas alemanas).

El movimiento totalitario se consolida con la ideología del terror y la violencia degradando a los hombres de múltiples formas, tal como se evidenció en los campos de concentración. Allí se implementaron el hacinamiento, la explotación, el maltrato y la muerte como muestras de la dominación y, por las mismas razones lógicas, de degradación. En palabras de Arendt, las instituciones *concentracionarias* y sus dispositivos son “acumuladoras de poder y destructora de hombres” (1998, p 257). De igual forma, el régimen totalitario promueve actos de humillación, sirviéndose de la indolencia del hombre hacia los hombres.

**Figura 1. Primer campo de concentración para prisioneros políticos
(1933-1945). Dachau, Alemania**



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

De esta manera, los campos de concentración y de exterminio se convierten en espacios totalitarios donde operan prácticas de manipulación y de tortura que destruyen la dignidad humana y convierten al hombre en *animal humano*. El hombre es despojado de su condición y del significado de la vida humana, a partir de la alienación de su humanidad (no solo las víctimas convertidas posteriormente en cenizas, sino también los verdugos transformados en asesinos). De esta manera “la violencia se convierte, entonces, en un medio fiable para satisfacer los caprichos de los gobernantes” (Botero y Leal, 2013, p. 101). O lo que es lo mismo, la voluntad de dominio y de muerte que “continúa con el intento de matar a la persona moral: a través del aislamiento tanto externo como interno, se instituyen en los campos una serie de estrategias dirigidas a privar a los individuos de su dignidad más básica” (López, 2015 p. 97).

En este mismo sentido, el terror se preserva con excesiva crueldad a partir de distintos métodos de violencia (física, racial, simbólica, lingüística, psíquica), que son ejercidos en los campos de concentración y de exterminio, se convierte a los *seres humanos en indignos* (esto es, sin relación de pertenencia ni de participación en un mundo compartido)¹. En términos de José Zamora, y

¹ En Arendt, la categoría sustancial versa sobre la superfluidad, es decir, sobre el poder de convertir al hombre en cenizas. No obstante, es preciso introducir la categoría de “seres humanos indignos” para referirse a la anulación del ejercicio de pensar, entendido como mayor expresión de libertad.

en clave de su lectura de Arendt, “los seres humanos son degradados a puro material humano superfluo” (2010, p. 247). Arendt lo explica afirmando que son sujetos inclinados a la sumisión al poder total: “se encuentran con un castigo sin conexión con el delito, en el que se practica la explotación sin beneficio, y, donde se realiza el trabajo sin producto, es un lugar donde diariamente se fabrica el absurdo” (Arendt, 1998, p. 366). En suma, se trata del dominio total de amplias masas indignas² a quienes se les arrebató su condición jurídica y moral.

En esta línea, el régimen totalitario se consolida como el dispositivo para deshumanizar a los hombres, concibiendo la ruptura de la vida en colectivo a partir métodos de terror para conseguir la dominación total. El terror orquestado por el régimen utiliza la violencia para instalar la sumisión y el aislamiento que brota de la arbitrariedad de las decisiones y de los hechos de quienes las ejercen y los padecen. El terror representa al poder de hacer morir. En términos de Arendt: “la terrible originalidad del totalitarismo [se debe] al hecho de que sus acciones rompen con todas nuestras tradiciones; han pulverizado literalmente nuestras categorías de pensamiento político y nuestros criterios de juicio moral” (1999, pp. 31-32).

Así pues, el terror como estrategia para acceder y dominar a las voluntades de los hombres, convertidos en criminales, es también un medio para evitar cualquier resistencia por parte de sus víctimas. En palabras de Claudia Fonnegra, “para alcanzar los objetivos, el movimiento totalitario se sirve de las ideologías que le permiten el control de la realidad de los asuntos humanos” (2006, p. 205). De ahí que el terror y la violencia sean las estrategias para mantener el control absoluto. “El adoctrinamiento emparejado con el terror, aumenta con la fuerza de los movimientos o el aislamiento, los gobiernos totalitarios” (Arendt, 1998, p. 281). Y ahondando en los usos que el totalitarismo hace de las ideologías, la pensadora asegura que:

El totalitarismo nunca se contenta con dominar con medios externos, es decir a través del Estado y una maquinaria de violencia; gracias a la ideología peculiar y al papel designado a ésta en ese aparato

² *Entre ellos, se destacan los musulmanes (muertos en vida de los campos de concentración), a quienes describe Primo Levi así: “son los cimientos del campo; ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no-hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos para sufrir ya verdaderamente. Se duda en llamarles vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla” (2005, pp. 98-99).*

de coacción, el totalitarismo ha descubierto unos medios de dominar y de aterrorizar a los seres humanos desde dentro” (Arendt ,1998, p. 268).

Asimismo, en los campos de concentración y de exterminio incrementa la crueldad y la muerte mediante genocidios colectivos, además de variadas formas de esclavitud, de explotación y de humillación. El terror incorpora la orden totalitaria, por un lado, y, por otro lado, elimina todo aquello que representa una amenaza para el sistema. Sin embargo, y pese al acatamiento de las órdenes de represión, la misma no garantiza la supervivencia, puesto que acentúa el horror y el exterminio que siempre ocurren de forma impredecible (aunque sistemática). Las decisiones de hacer sobrevivir y de hacer morir aseguran el disciplinamiento a la humillación, la tortura y la muerte, entendidas como estrategias para dominar las voluntades de los hombres recluidos, aniquilando su pensamiento y anulando sus libertades.

El régimen totalitario tiene como propósito que los hombres obedezcan a partir de la irreflexión de la humillación y de la crueldad que saturan la indiferencia (incluso entre quienes la padecen), convirtiendo al ser humano en un hombre superfluo. Según Arendt, “la indiferencia cínica o aburrida frente a la muerte u otras catástrofes personales, la inclinación apasionada hacia las nociones más abstractas como guías de la vida y el desprecio general incluso por las normas más obvias del sentido común” (1998, p. 261).

En este orden de ideas, los campos de concentración y de exterminio son muestra de las diferentes e imaginables formas de opresión en los distintos grupos humanos, que se sirven de la destrucción de la libertad, del despojo de la identidad personal y moral y de la dominación extrema y total. “Un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales cuya única libertad consistiría en preservar la especie” (Arendt, 1998, p. 352). Los hombres en los campos de concentración (y fuera de los mismos), cansados de luchar, naturalizan el terror, pierden el valor de la vida y de la dignidad humana, lo que genera la segregación en la vida social.

Resumiendo, en los campos de concentración, el exterminio de grupos humanos constituye un acto de la dominación totalitaria en función de la destrucción. Este hecho se convierte en el dispositivo de dominación y de

terror, produciendo, por un lado, la muerte física de hombres y de mujeres en las cámaras de gas, por otro lado, la muerte moral experimentada a través del abuso. “Los campos de concentración, tornando en sí misma anónima la muerte (haciendo imposible determinar si un prisionero está muerto o vivo), privaron a la muerte de su significado como final de una vida realizada. En un cierto sentido arrebataron al individuo su propia muerte”³ (Arendt, 1998, p. 363). Cientos de seres humanos son puestos en condiciones indignas, soportando el terror sin posibilidad de resistirse.

Figura 2. Campos de concentración y de exterminio (1933-1945)



Fuente: AMIA.ORG (2015).

Los campos son concebidos no solo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir como experimentos bajo condiciones científicamente incontroladas con el propósito de transformar a la humanidad en una simple cosa, “algo que ni siquiera son los animales” (Arendt, 1998, p. 352).

³ Al respecto, Arendt amplía la lógica concentracionaria del siguiente modo: “Los métodos para tratar con esta unicidad de la persona humana son numerosos y no intentaremos enumerarlos. Comienzan con las monstruosas condiciones de los transportes a los campos, cuando centenares de seres humanos son hacinados desnudos en un vagón de ganado, prácticamente soldados entre sí y trasladados durante días y días de una a otra parte del país; continúan con la llegada al campo, el bien organizado shock de las primeras horas, el rasurado de la cabeza, la grotesca indumentaria del campo; y concluyen con las torturas profundamente inimaginables, calculadas no para matar al cuerpo, en cualquier caso no para matarle rápidamente. El propósito de estos métodos, en todas las ocasiones, es manipular el cuerpo humano —con sus infinitas posibilidades de sufrimiento— de tal manera que sea destruida tan inexorablemente la persona humana como lo consiguen ciertas enfermedades mentales de origen orgánico” (1998, p. 363).

Figura 3. Restos humanos encontrados por las tropas estadounidenses en los hornos crematorios de Buchenwald (1937-1950).



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

El nivel de indolencia en los campos de concentración y de exterminio expresan la humillación, la tortura y los crímenes conducentes a la fábrica de muerte, y dejan al descubierto las formas más aberrantes de insensibilidad del hombre por el hombre. En este sentido, la indiferencia se propaga, perdiendo la condición de humanidad ahora cosificada. Así se reitera la inhumanidad propia del régimen totalitario. “La dominación totalitaria intenta aniquilar la pluralidad y la individualidad de los sujetos a través de un gran proceso de deshumanización” (Leal, 2018, p. 13).

Figura 4. Prisioneros del campo de concentración de Dachau (1933-1945) movilizados hacia destino desconocido



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).
Cortesía de Arnold Bauer Barach.

En suma, los campos de concentración y de exterminio exponen al hombre a la deshumanización, a partir de la tortura y la muerte. Una destrucción que no solo es física sino también moral, reduciendo al hombre a un ser desprovisto de vida (basta observar a los *musulmanes*, también llamados “hombres cáscara” o “muertos en vida”) y de resistencia.

El problema no radica en que la novedad del fenómeno totalitario haya mostrado que las personas pueden perder su capacidad de acción, sino en que sus dinámicas de terror y adoctrinamiento ideológico minaron con éxito la facultad de pensar, considerada como la más elevada capacidad humana (Botero y Leal, 2013, p. 65).

Al respecto, las prácticas de dominación ejecutadas por el régimen totalitario acentúan la precariedad en los hombres, ahora sin valor, sin pensamiento y sin palabra debido a la violencia y el terror que domina y enajena lo humano. Una aniquilación de la palabra, y por lo tanto de lo humano, tal como lo menciona Arendt en su obra *La condición humana*, donde el discurso político y la vida en comunidad se destruyen debido a la pérdida de libertades. Sin duda, y complementado a la autora, se destruye también, y por obvias razones lógicas, la dignidad, entendida como la posibilidad de tener derechos (pertenencia y participación entre del hombre entre los demás). No hay que olvidar que:

El ser humano era definido como el animal que tiene el don de la palabra (*zoon logon echon*) o animal racional en la traducción del medioevo. Esto era el equivalente en el mundo griego a lo que hoy en día hemos llamado dignidad en cuanto a su valor universal y determinante de lo humano (Michelow, 2017, p. 3).

Figura 5. Campos de concentración de Auschwitz (1941-1945).



Fuente: Getty Images.

La aniquilación de la palabra aleja al hombre de su ideal político (libertad, esto es, el encuentro y la participación con los otros). Aún más: la dignidad es aniquilada por la sumisión y el aislamiento propios del régimen totalitario y los campos de concentración, situando al hombre en un espacio de negación y de destrucción de la vida propia y la vida en común. Las prácticas de violencia y de dominación son partes esenciales del régimen, tal como se ha desarrollado hasta aquí, “el poder como la eficacia de imponer la voluntad de uno sobre la de los otros” (Di Pego, 2006, p.106). Arendt añade que:

Hacer superficiales a los hombres consiste en relegar su propia existencia a una mera funcionalidad corporal, orientada a la sobrevivencia y al más absoluto aislamiento del mundo exterior y de los otros. En este sentido, la superficialización de la que hablamos no solo supone la destrucción de lo público y de la comunidad, sino también la disolución de lo privado, de la intimidad, del propio ser en el mundo (1998).

Es así como el terror y la violencia en los campos de concentración y de exterminio destruyen lo humano en nombre del mantenimiento del control totalitario, situando al hombre en un estado de soledad, de aislamiento y de sufrimiento. “El terror es la realización de la ley del movimiento; su objetivo principal es hacer posible que la fuerza de la naturaleza o la historia corra libremente a través de la humanidad sin tropezar sin ninguna acción espontánea” (Arendt, 1998, p. 372). De cara a esta condición, el hombre pierde su individualidad y su posición en la sociedad.

Figura 6. Sobrevivientes de Ebensee (1943-1945) siendo trasladados a evaluación médica.



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

Del mismo modo, el régimen totalitario en los campos de concentración y de exterminio promueve lenguajes que degradan la condición humana a la animalidad (al referirse a los prisioneros como cucarachas, por ejemplo), acompañados de actos indolentes que refuerzan la sumisión de los hombres, sin lenguaje ni pensamiento (tal como ocurre con los musulmanes) debido a la negación del contacto con otros. “La crueldad como metáfora de la vida subraya la imposibilidad para el hombre de estar de acuerdo con el mundo y consigo mismo” (Dumoulié, 1996 p, 32).

Las prácticas de crueldad desarrolladas por el régimen totalitario hacen del ser humano un ser superfluo, y, además, indigno en tanto tales prácticas no tienen límites para provocar el daño y la destrucción. En palabras de Arendt, “si la legalidad es la esencia del gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación totalitaria” (1998, p. 372). Desde torturas físicas y morales hasta la eliminación de la vida, el totalitarismo se expande con severa dominación y crueldad.

Figura 7. Guardias del campo de trabajo de Cieszanow (1936-1945) golpean a un prisionero.



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

De igual forma, la violencia se convirtió en el acto de anulación de la humanidad a través del miedo y la dominación que hizo perder al hombre su identidad y su existencia, homogenizando las vidas. Es por ello que la violencia, además de deshumanizar, aniquila cualquier pensamiento que resigne a los hombres, ya que se elimina el apalabramiento y la acción, y, por lo tanto, la libertad.

De la misma manera, los silencios propios del aislamiento y la violencia *concentracionaria* hacen que la dominación, a través de la obediencia derivada del temor, rompa cualquier posibilidad de establecer y mantener el “entramado social”, “la violencia empieza allí donde el discurso acaba” (Arendt, 1995, p.

4). Este escenario de sumisión, de abandono, de desarraigo anula la dignidad humana, puesto que la violencia y el terror se constituyen en estrategias no solo de aniquilación de la vida, sino cualquier tipo de libertad.

La diferenciación entre la dominación totalitaria basada en el terror y las tiranías y dictaduras, establecidas por la violencia, es que la primera se vuelve no sólo contra sus enemigos sino también contra sus amigos y auxiliares, temerosa de todo poder, incluso del poder de sus amigos (Arendt, 1998, p. 382).

Figura 8. Presos en trabajos forzados construyendo la fábrica Krupp en Auschwitz, Polonia (1933-1945).



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

También, los campos de concentración y de exterminio, además de ser un escenario de tortura y de muerte, son espacios de expropiación de la individualidad y del ser en colectivo. Los mismos acentúan el desarraigo, el silencio, la sumisión y la obediencia como parte del control y la represión propios de los principios del régimen, que, en últimas, configuran un lugar de concentración y de alienación donde el hombre pierde el sentido frente a su realidad en el mundo y de su propio mundo.

Su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte. Nunca puede ser totalmente descrito por la razón del superviviente que retorna al mundo de los vivos, lo que le hace imposible creer por completo en sus propias experiencias pasadas (Arendt, 1998, p. 356).

En este orden de ideas, la inhumana realidad presente en los campos de concentración y en los campos de exterminio pone en evidencia el poder absoluto del movimiento. La muerte era la única presente en todos los campos: todos comparten una sola cosa: la muerte. Fantauzzi (2003), profundizando en Arendt, lo menciona así: “dominio total sobre el hombre, convertirlo en superfluo y lo hace destruyendo primero la personalidad jurídica, después la moral, procediendo posteriormente a la eliminación de la personalidad individual, realizada a partir de la transformación en *cadáveres vivos*”. En sentido análogo, podría decirse que:

La normalidad de matar no puede ser vista nunca igual. Sólo si en aquel momento alguna voz se hubiera levantado, previniéndonos del bien, quizás ahora podríamos discutir de lo atroz que supone cierta normalidad. Pero no fue así. La muerte, toda la muerte se instaló entre nosotros para no saber nunca más cuál era la buena o la mala (Anta, 2004, p. 8).

Allí, en los espacios de explotación y de destrucción, además de las violencias físicas, también emergen violencias simbólicas que operan desde el control hasta las prácticas de aniquilación:

Violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento (Bourdieu, 1998, p. 28).

La violencia ejercida impone la posición dominante del hombre hacia los otros ahora convertidas en vidas superfluas.

Los soldados comenzaron a golpearnos, gritándonos y diciendo que no éramos lo suficientemente rápidos. Muchos de ellos no pudieron soportarlo, tenían neumonía. Y algunos murieron.

(...)

Fuimos allí, a la misma ducha donde otras personas habían muerto gaseadas. Pero cuando entramos, cayó agua -en lugar de gas- y pudimos lavarnos (Testimonio de Chaim Ferster en Mullen, 2015).

Por su parte, Anta señala dramáticamente la fragilidad de la vida en el campo de concentración: “el joven, como todos, lleva gorra y eso sabemos que es una primera diferencia entre la vida y la muerte (2004, p. 2), imagen que coincide con el testimonio de un sobreviviente al holocausto:

Un preso sin gorra era un preso muerto. Todo el que no llevase su gorra reglamentariamente durante el recuento matinal, era inmediatamente asesinado de un tiro por el *kapo* o el oficial de servicio. Los dos solían divertirse con ello. El *kapo* le quitaba la gorra a un preso, la arrojaban al otro extremo de la plaza y el oficial de las SS pegaba el tiro a la víctima. Si el preso se quedaba quieto con la cabeza descubierta, lo mataban por no llevar la gorra, y si echaba a correr para recogerla, por intento de fuga (Frister, 1999, p. 34).

En consecuencia, estas violencias expresadas desde los signos y los símbolos del detrimento físico y moral, coaccionan al hombre a favor del régimen totalitario que desprecia la singularidad espontánea y la pluralidad (se derrumban las posibilidades de coligar). La humanidad degradada se convierte en vida superflua, sobreviviendo y muriendo bajo la explotación, la crueldad y, también, la indiferencia. “Una sociedad secreta a la luz del día” (Arendt, 1998, p. 309). El terror y la violencia concentracionaria, sin embargo, exigen algo más que se ha expuesto de forma complementaria durante este acápite: produce hombres y mujeres sin ninguna dignidad, expuestos al control y al dominio, y, a su vez, al desarraigo, al abandono y la sumisión. Esto anula la pluralidad, afectando, por

lo tanto y directamente, a lo humano. “El aislamiento es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas” (Arendt, 1998, p. 380).

Figura 9. Prisioneros durante un conteo en el campo de concentración de Buchenwald (1937-945).



Fuente: tomada del Museo Memoria y Tolerancia, México (2021).

1.2 El movimiento totalitario: la transformación de las clases sociales en masas

La vida y el desprecio general incluso por las normas más obvias del sentido común

Arendt (1998, p. 261).

Los hombres masa forman una sociedad, viven juntos, pero a la vez han perdido el «mundo» que una vez les sirvió de lugar común

Monfort (2016, p.51)

El movimiento totalitario, como un régimen absoluto, abusa del poder de tal forma que instala el terror como esencia que “persigue la dominación total” (Merino, 2015, p. 95) declarando en sus prácticas de terror un instrumento de dominación para la obediencia. Esta somete al hombre desde una autoridad regida y establecida por el régimen totalitario lo que genera un quiebre social que se caracteriza por la indiferencia. “La frialdad de la mónada social, del competidor aislado, en tanto indiferencia frente al destino de los demás, fue precondition de que solo unos pocos se movieran” (Adorno, 1969, p. 80).

Es así como “el movimiento totalitario se caracteriza por su progresión indefinida en el tiempo, que tiene por objeto alcanzar grados de dominación cada vez más amplios” (Martínez, 2011, p. 5). El terror y la dominación dan cuenta de la fuerza del poder, puesto que los hombres son sometidos a la obediencia, hechos que se convierten en un fenómeno para someter y controlar las vidas de los hombres, actos que son aprovechados para mantener el control. Refiere Fajardo (2010) que “el pueblo masificado solo escucha el eslogan de la organización y el orden, pero sin pensar en sí mismo; lo que permite que se torne fácil el control y el dominio” (p. 18).

En este sentido, el movimiento totalitario reconoce la obediencia, el aislamiento y la sumisión como estrategia para debilitar cualquier hecho que pueda desarrollarse en contra del régimen. Korstanje, retomando a Arendt plantea que “el primer elemento de estudio en la conformación del ‘totalitarismo’ es la presencia del mal por medio del cual existe una subhumanización del *diferente*” (2014, p. 104).

En este sentido, los totalitarismos han logrado ser efectivos con la eliminación del mundo como base de la realidad porque lograron dinamitar minuciosamente los pilares que lo sostenían y que situaban a los hombres en el mundo, reemplazándolo por un mundo enseñoreado
(Agalde, 2013, p. 30)

El movimiento totalitario, desde las estructuras de dominio, produce, por un lado, hombres-masa, los cuales son parte de los propósitos del movimiento, por otro lado, sujetos que asumen la obediencia como alternativa para conservar la vida. María José López, siguiendo a Arendt en la obra *Los orígenes del totalitarismo*, precisa: “hacer superficiales a los hombres, consiste

en relegar su propia existencia a una mera funcionalidad corporal, orientada a la sobrevivencia y el más absoluto aislamiento del mundo exterior y de los otros” (2007, p. 24). En ese mismo orden de ideas, Saavedra señala, en clave de la teoría arendtiana, que “el proceso de acumulación de riqueza solo es posible sacrificando el mundo y la propia mundanidad del hombre” (2011, p. 9). De igual forma, el hombre dominado por el movimiento arbitrario es condicionado a seguir reglas sin preguntar, satisfaciendo los deseos de un régimen.

De igual manera, el movimiento totalitario permea a los hombres con dinámicas de crueldad guiada por el poder, las cuales acentúan los actos que alejan cada vez la dignidad de los hombres desde la una condición obediente y sumisa, dando solidez a un movimiento que opera para tener el control y el poder, en palabras de Arendt “la conquista del poder por los medios de la violencia nunca es un fin en sí mismo, sino solo el medio para un fin, y la conquista del poder en un país determinado es solo una grata fase transitoria, pero nunca la conclusión del movimiento” (1998, p. 268).

Desde esta perspectiva el movimiento totalitario asegura su control y el poder, apropiándose del terror como estrategia para conservar la sociedad de masas y, con ella, la superfluidad en los hombres, situándolos como seres sin posibilidades de establecer relaciones sociales. Es así como el régimen totalitario propaga la violencia produciendo rupturas sociales y haciendo aparecer al “hombre-masa” caracterizado por el aislamiento.

La verdad es que las masas surgieron de los fragmentos de una sociedad muy atomizada cuya estructura competitiva y cuya concomitante soledad solo habían sido refrenadas por la pertenencia a una clase. La característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales (Arendt, 1998, p. 262).

En consecuencia, el adoctrinamiento del hombre en masa se consolida en virtud del aislamiento, lo que favorece las políticas de un régimen que contrarresta cualquier posibilidad de intercambio social, estos hechos se convierten en un elemento esencial para el dominio en favor del régimen e instalan la violencia cargada de terror promoviendo el aislamiento y, como consecuencia, la sumisión como voluntad de otros.

En este sentido, a través de esos grupos humanos dominados por el régimen totalitario, emerge una sociedad de masa precedida por la violencia, la cual es legitimada por el movimiento totalitario a través de la dominación y el terror que se convierten en el mecanismo de control humano, planteado por Arendt como “dominación permanente de cada individuo en cada una de las esferas de la vida” (1998, p. 408).

Para destruir todos los lazos sociales y familiares, las purgas son realizadas de tal manera que amenazan con el mismo destino al acusado y a todas sus relaciones corrientes, desde los simples conocidos hasta sus más íntimos amigos y parientes (Arendt, 1998, p. 266).

El régimen totalitario ha generado con sus prácticas unas grietas sociales y humanas que han sumido al hombre en un estado de subordinación, llevándolo a una sumisión que transita hacia la desarticulación social, y, como consecuencia, al suicidio colectivo, el cual se manifiesta en las estrategias de control y poder, desarrolladas por un régimen que quiere el dominio total imponiendo la violencia como mecanismo para transformar de manera acelerada la sociedad en una sociedad de masa. Arendt lo expone como “el espejismo democrático, explotado por los movimientos totalitarios, consistía en suponer que estas masas políticamente indiferentes no importaban, que eran verdaderamente neutrales y no constituían más que un fondo indiferenciado de la vida política de la nación” (1998, p. 258).

Korstanje menciona cómo un movimiento genera cierto “desamparo que fue corregido por una fe ciega, de obediencia extrema y de odio hacia sí mismos como nunca antes se vio, todos ellos sentimientos dispersos y articulados por imposición de la ideología” (2014, p. 119). Es así como los regímenes totalitarios promueven procesos de desintegración social, aumentando de esta manera la enajenación de la vida a través del control del hombre. La autora judeo-alemana enuncia el régimen totalitario y la consolidación de las masas, como aquello que irrumpe en las libertades, “las víctimas padecieron daños inmerecidos, demostrando en carne propia que el mal radica en otra vertiente, la del sufrimiento causado por otros” (Arendt, 1998, p. 44). En este mismo sentido, López señala cómo se “elimina la cotidianidad, terminando en un reflejo de cadáveres vivientes, siendo víctimas de la maldad radical” (2002, p. 34).

La finalidad del terror no es tanto la de anular o intimidar al oponente como la de dominar a unas masas de individuos perfectamente obedientes. Este terror, sin enemigo objetivo, escoge sus víctimas de forma totalmente aleatoria, dándose absoluta arbitrariedad en la elección de las víctimas, lo cual es la clave del terror que impone el totalitarismo (Esquirol, 1991, p. 132).

En consecuencia, los daños sociales derivados del régimen totalitario que produce un hombre en masa, son esas experiencias absolutamente radicales que tienen por efecto la privación del sentido de la colectividad, reiterado en las prácticas totalitarias soportadas en la alienación de los hombres con el aislamiento y la sumisión, por esta vía, el movimiento totalitario se convierte en el administrador de la vida en sociedad y su principal característica es el esfuerzo por anular la dignidad del hombre y las posibilidades de permanecer en colectividad

El valor principal de la estructura organizadora y de los niveles morales de las sociedades secretas o conspiradoras para los fines de la organización de masas ni siquiera se basa en las garantías inherentes de pertenencia y lealtad incondicionales y en la manifestación organizativa de hostilidad indiscutida al mundo exterior, sino en su insuperada capacidad para establecer y salvaguardar el mundo ficticio a través de una mentira consistente (Arendt, 1998, p. 310).

Debido a esas realidades promovidas por el régimen totalitario, los hombres en masa pierden su lugar común, el lugar de las interacciones, son segregados del lugar de la comunidad lo que impide el encuentro con el otro y por otros. En esta línea, Pinardi (2007) refiere que “para Arendt el hombre pierde cualquier posibilidad de encontrarse en el mundo, formando parte activa de él, y está preso en una realidad ajena cuyas determinantes lo sobrepasan y lo destierran: una realidad inhumana (idealidad pura, abstracción)” (p. 15). Pareciera que las rupturas de la sociedad conformadas en masa, adquieren lealtad al movimiento totalitario. “La masa no atiende a razones, entre otras cosas, porque ya no es capaz de genuina comprensión, por ello, solo es posible dirigirse a la masa con los argumentos más simples repetidos fanáticamente (Esquirol, 1991, p. 131).

En el régimen totalitario predomina el rechazo a cualquier posibilidad de interacción y de reconocimiento, la sociedad de masa es una agrupación de múltiples sumas de individualidades, las cuales están impregnadas de total dominación, impulsa intereses particulares inspirados en la validez del terror y la violencia, la cual ha sido la disposición visible del poder. “El proceso implacable por el que el totalitarismo impulsa y organiza a las masas parece como un escape suicida a esta realidad” (Arendt, 1998, p. 382).

La coacción del terror total, por un lado, que, con su anillo de hierro, presiona a las masas de hombres aislados y las mantiene en un mundo que se ha convertido en un desierto para ellos, y la fuerza autocoactiva de la deducción lógica, por otro, que prepara a cada individuo en su aislamiento solitario contra todos los demás, se corresponde mutuamente y se necesita mutuamente para mantener constantemente en marcha el movimiento gobernado por el terror (Arendt, 1998, p. 379).

La influencia del totalitarismo en la vida del otro y los otros, termina siendo un gesto con efectos adversos cargados de violencia, dominada por el terror que mantiene la intención silenciosa y oculta para permanecer y someter. En otras palabras, la sociedad en masa acentúa en la vida la obediencia al régimen, reconoce en los actos un discurso que atenta contra la dignidad de lo humano, que no permite establecer vínculos compartidos y produce la imposibilidad de encuentro con otros. “Este proceso alienante transforma ciudadanos en simples consumidores, generando una crisis donde se combinan la impersonalidad y la ruptura de la autoridad” (Korstanje, 2014, p. 104).

Este [el sujeto] entrega su vida a otro debido a su propia incapacidad de realizar su vida y menos aún la de su comunidad, no es capaz de formar parte activa de cualquier tarea político-social. Llega el hombre a un estado de entrega total, se libera de toda responsabilidad y pierde su libertad, al menos mientras dure el régimen totalitario (Fernandois, 1980, p. 151).

En este orden de ideas, el reconocimiento de la sociedad en masa en la obra *Los orígenes del totalitarismo*, es el reconocimiento de hechos que reducen al hombre a una condición de cosa (cosificado), llevándolo a comportamientos

que cada vez menoscaban su dignidad, generando el deterioro del sentido humano. Es así como el pensamiento absoluto del totalitarismo limita al hombre que pierde su lugar de existencia y de vida con él y con otros por la enajenación para construir con otros. “Seres humanos que están todavía relacionados unos con otros, pero que han perdido el mundo que una vez fue común a todos ellos” (Arendt. 1995, p. 73).

El hombre, en lugar de limitarse, como el animal, a conducirse en un ambiente, tiene que realizar o malograr propósitos y esbozar proyectos para sus acciones. El sistema total de estos proyectos es su mundo. Cuando los proyectos se convierten en casilleros, cuando los propósitos se transforman en simples reglamentos, el mundo se desmorona, los hombres se convierten en piezas y las ideas se usan, pero no se entienden: la función intelectual carece ya de sentido preciso. Un paso más, y se renuncia deliberadamente a la verdad: las ideas se convierten simplemente en esquemas de acción, en recetas y etiquetas (Zubiri, 1963, p. 9).

De igual forma, el sentido de responsabilidad en los grupos humanos en masa es anulado por el movimiento totalitario, en tal sentido, el poder del régimen refuerza en el hombre-masa la humillación y la limitación social con patrones de autoritarismo, terror y violencia acentuando el lugar de aislamiento y sumisión que le provee el régimen, expandiendo así el dominio fundado por el poder. “Las masas obligan al resto a realizar lo que desean, además no se sabe quién es el último responsable de la presión” (Monfort, 2016, p. 68). De ahí que la dominación desarrollada por el régimen totalitario destruye las posibles relaciones sociales conforma masas irreflexivas y arruina la posibilidad de actuar en colectivo y con autonomía. Es así como las prácticas del movimiento totalitario (violento) irrumpen en la cohesión y cooperación social, alejando cualquier posibilidad de existencia humana digna con intereses que lo vinculen a la pluralidad.

1.3 La pluralidad: una ruptura al movimiento totalitario y la superfluidad de la vida

El hombre siempre vive en el intervalo entre pasado y futuro, el tiempo no es un continuo, un flujo de sucesión ininterrumpida, porque está partido por la mitad, en el punto donde él se yergue; y su punto de mira no es el presente, tal como habitualmente lo entendemos, sino más bien una brecha en el tiempo al que su lucha constante, su definición de una postura frente al pasado y al futuro otorga existencia

Arendt (1996, p. 17).

Si el mundo ha de incluir un espacio público, no se lo puede establecer para una generación y planearlo solo para los vivos, sino que debe superar el tiempo vital de los hombres mortales

Arendt (2009, p. 64).

El hombre pierde el sentido de su existencia en medio de la dominación totalitaria, pues este régimen ubica al sujeto en un lugar de aislamiento y de silenciamiento, que anula cualquier posibilidad de encuentro. Tanto los sometedores como los sometidos reiteran actos de indiferencia individual y colectiva, convirtiéndolos en hombres superfluos. El propósito de la aniquilación social y personal instalada por el régimen acentúa la ruptura de la pluralidad.

Desde esta perspectiva, el régimen totalitario reduce al hombre a una condición cosificada (disminuye a la persona a instrumento para los propósitos de dominación del movimiento totalitario). Los actos de violencia, terror y horror propenden por un hombre aislado y sumiso, además de apartado de toda interdependencia, del sentido de la comunidad. Desde este aspecto, José Zamora plantea que “la masa se constituye por la combinación de ese aislamiento y la totalización de los individuos aislados. En ella son englobados individuos sin verdaderos contactos sociales y desarraigados” (2010, p. 249). Así, el hombre adscrito al régimen asume la violencia como un fin en sí misma, sin ninguna posibilidad de eliminarla, puesto que satisface las necesidades del movimiento que niega toda posibilidad de ser social.

La guerra había sido experimentada como la más poderosa de todas las acciones de masas que borraba las diferencias individuales de forma tal que, incluso, los sufrimientos que tradicionalmente habían diferenciado a los individuos a través de un destino único e inalterable, podían ser ahora interpretados como un instrumento de progreso histórico (Oro, 2008, p. 412).

En el afán de conseguir el propósito del régimen de gestionar las voluntades de los hombres, se deja al descubierto la ruptura social radical que desconoce la pluralidad, puesto que la misma constituye una amenaza que otorga sentido a la humanización (distinta a la superfluidad del régimen). La pluralidad es una oportunidad para pensar y vivir juntos, percibiendo y reconociendo la diferencia entre los hombres. Al respecto, la autora judeo-alemana reitera que “la pluralidad es la condición de la acción humana debido a que todos somos lo mismo, es decir, humanos, y por tanto nadie es igual a cualquier otro que haya vivido, viva o vivirá” (Arendt, 2009, p. 22). Todavía más:

Los seres humanos condicionados no reflexionan sobre una actitud política, la acción o el trabajo. Arendt alude entonces a la libertad individual, o en palabras de ella la pluralidad como forma de organización política en contraposición a la tiranía y con un profundo rechazo a las ideas totalitarias que actúan a través de los fundamentalismos como sistemas de resquebrajamiento y sepultura del ser humano (Cabezas, 2015, p. 30).

El hombre convertido en superfluo por el régimen totalitario es un sujeto privado de relaciones sociales, ello a través del aislamiento y la sumisión como mecanismos totalitarios que lo alejan de un mundo compartido. El régimen aliena al sujeto desde su individualidad hasta su memoria histórica, elimina así la esencia humana con la intención, según María José López, de “relegar su propia existencia [del hombre] a una mera funcionalidad corporal, orientada a la sobrevivencia y el más absoluto aislamiento del mundo exterior y de los otros” (2007, p. 27).

En este orden de ideas, la opresión humana originada por el movimiento totalitario revela la condición de sumisión y aislamiento que adquieren las masas, teniendo como referente la indiferencia, la frialdad y el dominio impuesta por el régimen. Este hecho se convierte en la negación de un espacio *de y para* la pluralidad. Un espacio anulado de la pertenencia y la participación que extingue las condiciones para la acción concertada, entendida “como acción política de apertura y cuidado de la pluralidad que implica abrazar cada mundo que viene en cada nacimiento” (Bárcena, 2006, p. 257).

El intervalo de vida del hombre corriendo hacia la muerte llevaría inevitablemente todo lo humano a la ruina y la destrucción si no fuese por la facultad de interrumpir y comenzar algo nuevo, una facultad que es inherente a la acción como un siempre presente recordatorio que los hombres, aunque deben morir, no nacieron para ello sino para comenzar (Arendt, 1998, p. 246-247).

El deterioro humano generado por el movimiento totalitario es consecuencia de la insistencia del mismo por eliminar las pluralidades (diferencias) ahora convertidas en unidades homogéneas, que clausuran la posibilidad de la discusión y la interdependencia. Este cierre identitario tiene como propósito el dominio y el control del pensamiento y la acción por parte del régimen, rechazando lo plural. Arendt lo plantea como la distancia a cualquier posibilidad de relacionamiento entre hombres. “La espontaneidad como tal con su imprevisibilidad constituye el mayor de los obstáculos a la dominación total del hombre” (Arendt, 1998, p. 366). Al respecto Ávila dice: “podríamos decir que el totalitarismo hace una irrupción en un mundo cuyas formas de organización política parecían ser absolutamente reconocida e incluso parecían sucederse unas a otras con naturalidad” (2014, p. 178).

Comprender el despojo de la dignidad que implementa el régimen del dominio del hombre contra los hombres, ubica al movimiento bajo la eliminación de toda forma de humanización al negar la existencia de los derechos, se entiende entonces por qué la sumisión y aislamiento eliminan la vida privada y la vida pública, ya que ambas son destruidas por el régimen. En otras palabras, la

deshumanización es un rasgo derivado de no pertenecer a un escenario público y privado a los que tiene derecho cualquier individuo.

Así pues, el régimen totalitario prioriza el sometimiento del hombre, deshumanizándolo, dejándolo reducido a las necesidades de un movimiento, con poder absoluto, y en función de satisfacer sus intereses de dominación. Así mismo, el sistema totalitario instala y propaga el aislamiento y la sumisión como estrategias opresoras de lo plural. Desde el pensamiento arendtiano, la pluralidad es “el milagro que salva al mundo, la esfera de los asuntos humanos, de su normal y «natural» ruina es en última instancia el hecho de la natalidad, en el cual la facultad de la acción está enraizada ontológicamente” (Arendt, 1998, pp. 246-247).

El régimen totalitario engloba una serie de condiciones que, a través de la violencia y el terror, pone al hombre en un estado progresivo de deshumanización, el cual está precedido por distintas formas de anulación social y política, moral, jurídica que causa enormes daños en la vida pública y privada, afectando la pluralidad. El régimen totalitario niega cualquier posibilidad de *comienzo*, desde la perspectiva plural puesto que, tal como lo plantea Arendt, “lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo y tiene las más amplias publicidades posibles (2009, p. 59).

En suma, el movimiento totalitario representa la abolición de los principios de la condición humana (la espontaneidad, el reconocimiento, la natalidad, la pluralidad, el discurso y la acción política)⁴. El régimen sitúa una sociedad en masa en estado de destrucción, debido a la falta de una vida con sentido común, que trasgrede y elimina la participación del hombre en la esfera pública y la privada. En sus comentarios a Arendt, Sandra Liliana Oróstegui (2011), plantea que “de lo que se trata aquí es de la total superfluidad de las relaciones entre los hombres; porque como ya dijimos, al haberse eliminado el

⁴ Una lectura complementaria de la obra *La condición humana*, permite advertir los principios (entendidos como fundamentos y tareas por venir) de la existencia del hombre en un mundo con otros. Esta lista de principios no agota, por supuesto, otros elementos definitorios de lo humano que permiten reconciliarnos ante la violencia, la sordidez y la muerte violenta de la que somos capaces debido a la imprevisibilidad de la libertad para crear y destruir el mundo.

espacio público, queda también eliminada la posibilidad de mostrarse a los otros” (p. 48). De esta manera, se pierde el sentido de lo humano y de las relaciones que constituyen la condición de la propia existencia.

En la descripción arendtiana, del mundo moderno, la experiencia de la violencia o el dominio instrumental de la política, bajo la figura del totalitarismo, consolida las condiciones históricas que reducen lo político a un conjunto de medios y fines que erosionan la pluralidad y la acción concertada (Rodríguez, 2013, p. 127).

Desde la teoría arendtiana, la pluralidad es una posibilidad y una realidad que se constituye en el fundamento ontológico en tanto determina el sentido de la comunidad (la existencia de un hombre que necesita de otro hombre, de la presencia de otros). Desde esta premisa, Arendt en su obra *La condición humana*, advierte el sentido de la pluralidad que permite al hombre diferenciarse y concebir la acción como la construcción del mundo del otro y con el otro. Reconocer la pluralidad es oponerse a la homogenización de los hombres. José Luis Arias esclarece el concepto de pluralidad así: “esto no significa que motivos y finalidades no sean factores importantes en cada acción independiente, sino que son sus factores determinantes y que la acción es libre en la medida en que es capaz de trascenderlos” (2006, p. 16). Por tanto, el reconocimiento de la pluralidad se revela en el discurso y la acción. Arendt lo plantea del siguiente modo: “la acción es la realización de la condición humana de la natalidad” y “el discurso es la realización de la condición humana de la pluralidad” (Arendt, 2009, p. 202). Por tanto, la acción, no puede darse en aislamiento: la acción obliga al acuerdo con otros. En esa misma línea, Arango resalta que “la grandeza de la acción es el compromiso que cada persona hace de vivir siempre de acuerdo consigo mismo, pero según un proyecto vital que ha sido conocido, evaluado, comprendido y puesto al servicio de la humanidad entera” (1990, p.14). De la misma forma, Karen Guzmán retomando a Arendt señala que:

Acoger la pluralidad como condición humana para toda vida política, supone que los seres humanos se encuentren unos con otros en un ‘espacio de igualdad y distinción’ en el que pueda desplegarse su capacidad para actuar, y esto para Arendt ‘es su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar’ (2011, p. 43).

Análogamente, Arendt plantea la importancia del discurso y la acción como únicas maneras de hacer manifiesta la pluralidad: “la acción es la realización de la condición humana de la natalidad” y “el discurso es la realización de la condición humana de la pluralidad” (2009, p. 234). Esto implica que el hombre puede desarrollar un nuevo comienzo a través del discurso, mostrando su singularidad en la vida privada y pública. “Sin el acompañamiento del discurso, la acción no sólo perdería su carácter revelador, sino también su sujeto” (Arendt, 2009, p. 202).

La pluralidad por el contrario demanda siempre del otro para ser explicitada; a pesar de ello, el pensar guarda una estrecha relación con la pluralidad, me atrevo a afirmar incluso que sobre esta capacidad descansa el reconocimiento de la variedad de facto (multiculturalidad) y la afirmación de la condición ontológica del ser humano (unicidad), pues en el marco del pensamiento los hombres tienen su primera experiencia con la pluralidad (González, 2013, p. 57).

Es importante mencionar que estos dos aspectos (acción y discurso) son las posibilidades para hacer la ruptura de la alienación de los hombres ejercida por el movimiento totalitario, convirtiéndose en la manifestación de lo plural, igualmente en la resignificación del sentido de la humanización. Del mismo, cobran relevancia la palabra y la acción, puesto que se convierten en elementos esenciales para reestablecer la dignidad del hombre en tanto lo reconoce en los escenarios tanto públicos como privados. “La igualdad del ser humano es la pluralidad” (Arendt, 2009, p. 202).

El hecho de que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperar de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable. Y una vez más esto es posible debido solo a que cada hombre es único, de tal manera que con cada nacimiento algo singularmente nuevo entra en el mundo (Arendt, 2009, p. 202).

De cara a la teoría planteada en la obra *La condición humana*, se plantea una alternativa para anular la sumisión y el aislamiento desde la pluralidad, la cual da lugar a la construcción de vínculos entre hombres capaces de superar los acontecimientos originados por el movimiento totalitario (sumisión, abandono y desarraigo). Así lo señala la autora judeo-alemana. “Es la acción la que ofrece

la capacidad de irrumpir y comenzar algo nuevo, a semejanza del nacimiento (que irrumpe en el ciclo siempre recurrente de la vida biológica), es el milagro que salva el mundo” (Arendt, 1998, p. 9).

Complementando a Arendt, y tal como se ha insistido hasta este punto de la exposición, el encuentro constituido por la acción y el discurso restaura en el hombre su dignidad. Esta la cuestión fundamental que desea exponer esta investigación: “la pluralidad humana es la paradójica pluralidad de los seres únicos” (Arendt, 2009, p. 200). Así, “mientras que todos los aspectos de la condición humana están de algún modo relacionados con la política, esta pluralidad es específicamente la condición —no sólo la *conditio sine qua non*, sino la *conditio per quam*— de toda vida política” (Arendt, 2009 p. 22).

De igual forma, entre los medios para superar la fragmentación social derivada de las prácticas del totalitarismo, así como la sumisión y el aislamiento asumidas por el hombre (verdugo y sometido), se plantea el reconocimiento de la pluralidad en las actividades fundamentales en las que confluye el hombre con el resto de los hombres: la conservación de la vida, el trabajo y la acción como la actividad que hace posible la transformación del mundo. En este sentido, la acción siempre deberá estar tejida en clave de la pluralidad (y la correlatividad que la misma implica). “El objetivo último de la *vita activa* es el aumento de la riqueza, la abundancia y la felicidad del mayor número” (Arendt, 2009, pp. 139-140).

Colateralmente a la labor se alza el trabajo, productor y creador de un mundo de cosas duraderas, estables y permanentes, que nos rodean como un mundo artificioso en el cual puede habitar confiable y seguramente el individuo humano, manteniendo, gracias a las cosas, las de su mundo, una identidad permanente (Comesaña, 1995, p. 100).

Del mismo modo, la manifestación del hombre en un espacio público configura la entrada protagónica a un mundo silenciado y aislado, impuesto por el régimen, puesto que el movimiento niega el comienzo de lo plural. En esa misma perspectiva, “partiendo de las convicciones que el hombre va desarrollando en su interior, estableciendo relaciones libres desde la pluralidad, que garanticen las construcciones colectivas. Lo decisivo de esta libertad política es su vínculo a un espacio” (Arendt, 1997, p. 70). Sánchez lo plantea de la siguiente manera:

“resulta ineludible admitir el carácter contingente y frágil de los asuntos humanos: precisamente porque somos una pluralidad de individuos únicos y diferenciados entre sí, la posibilidad del conflicto y del disenso siempre estará presente” (2005, p. 224).

Arendt, en la obra *La condición humana*, revela la importancia de la pluralidad adentrándose al pensamiento político, donde alude a la presencia de vínculos basados en el reconocimiento de la existencia de los hombres en su diferencia, lo cual es esencial para su concepto de la política. “La política trata del estar juntos y los unos con los otros de los diversos” (Arendt, 2005, p. 205). En efecto, la política se centra en las diferencias que marcan la esencia de la pluralidad, posibilitando el estar juntos a través de la acción y el discurso (actos centrales de la pluralidad), “sin el acompañamiento del discurso, la acción no sólo perdería su carácter revelador, sino también su sujeto” (Arendt, 2005 p. 206).

De ahí que la acción y el discurso sean los garantes de la pluralidad que restauran la dignidad del hombre ante la superfluidad del régimen totalitario, en tanto posibilita el acercamiento, el apalabramiento y el encuentro en torno a las posibilidades de estar juntos en función de la construcción de lo plural y de la capacidad de reconciliarse con el mundo. Así lo dice Arendt: “el modo específicamente humano de vivir, ya que cada persona necesita reconciliarse con el mundo en que ha nacido como extranjero y en cuyo seno permanece extraño a causa de su irreductible unicidad” (Arendt, 2005, p. 10). El reconocimiento de la pluralidad en los hombres responde a la corresponsabilidad entre unos y otros, dando respuesta a las necesidades propias de la correlación mutua. Los actos del discurso y la acción logran así superar cualquier hecho que pueda negar la humanización en los hombres. He aquí la cuestión definitiva de este primer capítulo doctoral.

La acción, única actividad que se da entre los hombres sin la mediación de la cosa o material, corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, no el hombre, vivan en la tierra y habiten el mundo (Arendt, 2009, pp. 21-22).